





## *Una novela latinoamericana*

ROJO, José Andrés. *Camino a Trinidad*. La Paz, Plural Editores, 2017. 197 p.

26

ENERO- DICIEMBRE, 2018

**Carlos Sandoval**

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA  
CARACAS- VENEZUELA  
sandovac@gmail.com

Aunque a José Andrés Rojo suele mencionársele por su *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano* (Tusquets, 2006), un trabajo por el que recibió el Premio Comillas de Biografía en 2005 y puso a circular su nombre con merecida resonancia en el imaginario público y, sobre todo, en los feroces cenáculos dedicados a la investigación de esa vieja herida que es la Guerra Civil, este sociólogo y periodista español también se mueve con probada solvencia en los terrenos de la ficción. Ya algunos comentaristas del texto biográfico se habían percatado de ello, pues muchos pasajes de *Vicente Rojo*... imantan con esa cualidad narrativa de crear un universo autónomo, preciso, para impactar la sensibilidad del lector sin desmedro de la materia histórica tratada. Un logro que convierte el mero recuento de una vida y sus ligaduras referenciales en una pieza inolvidable por su expresión y diseño.

Pudiera decirse, como dicta el lugar común, que ese equilibrio entre fondo y forma no es más que el resultado de un oficio que Rojo viene practicando, según consta en el registro de sus publicaciones, desde 1988 cuando el Fondo de Cultura Económica le edita *Hotel Madrid*, un estudio sobre la cultura del “destape” español de los años ochenta, el cual se ratifica con *Peter Gabriel* (Cátedra, 1994), sintético perfil sobre el músico. Así, con pleno dominio de las herramientas de composición asume el reto de escribir una novela sobre su abuelo –Vicente Rojo–, pero a poco se da cuenta de

que en realidad su apego a los datos factuales terminan decantando el proyecto hacia la existencia y el tiempo del General. Me lo confesó una tarde en el comedor del Guaparo Inn de Naguanagua (también lo ha contado en alguna entrevista) mientras preparábamos un foro para la Feria del Libro de la Universidad de Carabobo. No obstante, el gusanillo novelesco seguía royendo su espíritu.

Si la biografía de su ascendiente (es decir, un trozo de su pasado familiar) fue lo que activó, en principio, la necesidad de escribir algo de tipo creativo, será una vivencia más cercana la que finalmente propiciará sumergirse en el campo literario. Rojo nació en La Paz, entre otras cosas, de resultas del forzoso traslado de su abuelo una vez perdida la Segunda República. A los trece años se muda a España, pero el recuerdo de Bolivia hace que décadas más tarde pueda materializar una novela que, basada en un viaje del protagonista al país natal, muestre el fracaso de varios proyectos juveniles entre los que destaca el sueño utópico de convertir a aquella sociedad latinoamericana en un *paraíso* comunista.

De manera pues que basada en un hecho real: la guerrilla de Teoponte que operó durante tres meses de 1970 en esa región boliviana, en *Camino a Trinidad* se narran los avatares de un grupo de jóvenes que, embebidos con la propaganda de la Revolución Cubana que cundió por el sub-continente americano (desde México hasta Argentina y que tuvo en Bolivia un substancial episodio con la muerte del Che Guevara), se enrolan en una célula que fracasa antes de emprender siquiera una acción relevante. Con base en este argumento, Rojo construye una galería de personajes que le permite indagar cómo ciertas motivaciones (emocionales, políticas, ideológicas), simplísimas y hasta frívolas, son las que en realidad motorizan actitudes y tomas de posición de trágicas consecuencias. Publicada en Valencia (España) en 2016 por Pre-Textos, en 2017 Plural Editores (La Paz, Bolivia) hace una nueva edición, justo ésta en la que sustento mi lectura.

Para contar la ruina de aquellos deseos de cambio social (o del desengaño de los proyectos individuales, que acá viene a ser lo mismo), el autor se vale de la clásica estructura de viaje: el narrador vuelve a Bolivia con la intención de rehacer la travesía que en 1977 hizo con un amigo por unos lentos y majestuosos ríos amazónicos (el Ichilo y el Chimoré), mientras soñaba con convertir a ese país suramericano –como se dijo– en un territorio de libertades económicas y políticas tal como había ocurrido en Cuba –pensaba– a partir de 1959. Regresa más de tres décadas después del mítico recorrido sólo para comprobar que la realidad siempre es obstinada y triste, simple y acomodaticia.

Con todo, esa segunda visita es la que constituye el núcleo de la novela, la trama que posibilita los saltos temporales y la reactivación de la memoria del protagonista. Lo que el narrador intenta es conocer qué ha sido de sus amigos, cómo encararon sus dilemas, cuál ha sido el destino que se labraron porque entiende que sólo de ese modo puede intentar el cierre de un capítulo importante de su propia vida. La pesquisa sirve, asimismo, para contarnos los ascendientes de su rama boliviana y algunos pormenores relacionados con la turbulenta historia política del país. También, para presentar al tío Pepé, quien introduce los libros y las lecturas, en especial *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche, y *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, textos que orbitan en torno de las reflexiones de la voz narrativa, en especial del muchacho que fue en los setenta, un chico empachado de ilusiones y fantasías. (Vale acotar que respecto de Nietzsche se desarrolla una fábula paralela, suerte de contrapunto que potencia los aspectos simbólicos de la obra).

Entramos, pues, en la médula de *Camino a Trinidad*: lo que el narrador descubre en el reencuentro con su pasado es un territorio vacío de ideas y de aspiraciones: el compañero del barco embellecido por la remembranza desaparece en extrañas circunstancias, la chica más comprometida con la lucha (incluso violenta) termina muellemente casada en España, otro purga condena por un delito común, y así. Al impacto de estas certezas se suma otra: la campaña de liberación de Bolivia por la guerrilla no obtuvo respaldo de nadie: “Ninguna fuerza de izquierdas apoyó la aventura del Ejército de Liberación en Teoponte, ni el Partido Comunista ni la Central Obrera Boliviana ni siquiera las organizaciones trotskistas (...) Tampoco el régimen de La Habana estaba dispuesto a dar la cara por aquella iniciativa” (p. 151).

No crea, sin embargo, que *Camino a Trinidad* es una novela política. Por el contrario, aquí las adquisiciones partidistas y el anclaje histórico resultan correlatos de la verdadera dimensión estética y del sentido profundo de la puesta en escena fictiva: el descenso a los entresijos del alma del narrador y de sus antiguos compañeros devenidos fantasmas de sí mismos. En esencia, se trata de un viaje inverso: buscando significancia a una parte de su pasado el narrador termina reconociendo el erial que se esconde detrás de las consignas, de las *buenas causas* y del afán de unos viejos muchachos por querer cambiar el mundo (una enseñanza costosa que cegó vidas y supuso, además, la pérdida de muchas ilusiones relativas a las bondades del hombre); pero sobre todo se da cuenta, pese a lo tardío, de que al fin del camino solo nos espera la nada absoluta.

Con esta novela José Andrés Rojo entra al ruedo de la ficción con la soltura de un experto: el delicado manejo de planos narrativos y de las temporalidades, la tersa prosa, el nítido trasiego de los informes contextuales bastan para afirmarlo. Una novela que recrea un tema incómodo, escrita por un español-boliviano y, sin duda, ostensiblemente latinoamericana.

